

DOMINGO DECIMOSEPTIMO
DESPUES DE PENTECOSTES.

Mucho tiempo ha que este domingo se llama el domingo del Amor de Dios, por razon del asunto del Evangelio que se eligió en la iglesia para la misa del dia. El introito de ella es del salmo 118, que comienza con estas palabras: Justo eres, señor, y tus mandamientos están llenos de equidad. Tratad á vuestro siervo, segun vuestra misericordia. Por mas cuidado que pongamos, por mas fidelidad que empleemos en cumplir con puntualidad con nuestras obligaciones, no hay quien no peque ni caiga muchas veces al dia; y así continuamente enemos necesidad de la misericordia del Señor: esto es lo que hace decir en otra parte al mismo profeta: "Señor, no entres en juicio con tu siervo, porque no hay sobre la tierra un solo hombre, que pueda lisonjearse de que es inocente delante de voz. Bienaventurados los que están siempre en los caminos de la inocencia, y andan fielmente por las sendas de la ley de Señor." Este Salmo no es otra cosa que un tegido de sentimientos y afectos de estimacion, y afecto de la ley de Dios. Y como esta ley es el camino por donde se va á la bienaventuranza, empieza David este cántico tan lleno de unción, anunciando la bienaventuranza á los que observan puntualmente esta ley. Todos los hombres quieren ser felices; este es el fin que se proponen los buenos y los malos, dice San Agustin. "No admira el que los buenos observen la ley y vivan como gentes de bien, para llegar á conseguir la bienaventuranza, dice este padre; pero lo que pasma es que los malos aspiren á la misma felicidad, viviendo mal y no guardando la ley, y que tan pocas gentes pongan los medios para obtener lo que todos los hombres desean. Ninguno debe esperar conseguir esta bienaventurada felicidad á que todos aspiramos, si no vive en la inocencia, y no hay inocencia si no se observan los mandamientos."

La epístola de la misa de este dia se tomó del capítulo cuar-

to de la carta de San Pablo á los efesios. Exhórtalos el santo apóstol á que tengan todos un mismo espíritu, así como todos hacen un solo cuerpo y no tienen sino un mismo Señor, una misma fé, un solo bautismo. Os ruego yo, que estoy preso por el Señor, que tengais una conducta digna de vuestra vocacion. Llámase San Pablo, preso por nuestro Señor Jesucristo, gloriándose de sus cadenas y mirando la honra que tenia de padecer y estar en prisiones por el amor de Jesucristo, como la mas gloriosa época de su vida. En efecto, no hay cosa ni mas honrosa ni mas útil que padecer por los intereses y por la gloria de Dios. Ser llamado al cristianismo es ser llamado á una santidad eminente, dice el apóstol. ¡Qué inocencia, qué pureza de costumbres, qué regularidad de conducta no exige de todos los fieles la augusta cualidad de cristianos! Sed santos como es santo vuestro padre celestial: la santidad del mismo Dios es el modelo que se nos propone. ¡Qué pureza mas perfecta! Ella condena hasta el menor deseo impuro, hasta el menor pensamiento criminal. No hay vicio que no esté proscrito, ni hay imperfeccion que no sea condenada. ¡Hubo jamas idea de perfeccion mas sublime que la que nos da el Evangelio? No hay cristiano que por su vocacion al cristianismo no esté obligado á aspirar continuamente á esta perfeccion. Este es el espíritu de la ley, este y no otro es el espíritu de Jesucristo.

Sed perfectamente humildes, suaves, pacientes, soportaos unos á otros con caridad. Explica aquí San Pablo mas por menor las principales virtudes á que le obliga su vocacion á la fé; pone, y con razon, la humildad á la frente de las virtudes cristianas, como que es el fundamento de todo el edificio espiritual y de la perfeccion cristiana. Esta virtud ignorada de los filósofos, dice San Agustin, poco conocida de los judios, menospreciada de los mundanos, es tan necesaria para la salvacion, que sin ella las mismas virtudes se convierten en vicios. Procurando tener unidos vuestros espíritus con el vínculo ó lazo de la paz. Vivid entre vosotros, como si todos no tuvieseis sino un corazon y una alma, dice el apóstol. Tal es la union

que debe reinar entre los verdaderos fieles. El vínculo de la paz es el espíritu de Dios, el cual debe animar á todos los cristianos. Estemos animados de este espíritu, y no habrá jamas entre nosotros division ni discordias, pleitos, quejas, ni aun resentimientos. El amor propio, la codicia, el espíritu del mundo, la ambicion, son la madre de todos los cismas. El espíritu de Dios es el alma y el lazo de la paz. Sed un cuerpo y un espíritu, así como sois llamados á una misma esperanza en consecuencia de vuestra vocacion. Solo hay un Señor, una fé, un bautismo, dice el apóstol. Tales son los empeños, tales los motivos de aquella santa é indisoluble union que debe reinar entre nosotros. Solo tenemos un soberano dueño, de quien somos criados, y este dueño es Jesucristo; no tenemos sino una misma fé, por lo que mira á los objetos que nos propone para que los creamos; todos profesamos una misma religion, la cual es una é indivisible: el objeto de la fé en todos es el mismo, la doctrina es la misma, el mismo moral, el mismo Evangelio.

El Evangelio de la misa se tomó del capítulo 22 de San Mateo, en que el Salvador despues de haber tapado la boca á los saduceos, confunde á los fariseos, que no hacian sino discurrir é inventar medios para sorprenderlo. Acababa el Salvador de confundir á los saduceos que habian creido sorprenderlo, preguntándole de quién seria muger en la otra vida una viuda que habia estado casada con siete maridos; cuando uno de los mas célebres entre los fariseos, que pasaba por el mas hábil de los doctores de la ley, se acercó á preguntarle con el fin de sobrecogerle. Maestro, ¿cuál es el mas grande mandamiento de la ley? La cuestion que propone aquí este doctor, era al parecer del número de las que tenian divididos entonces los espíritus de aquellas sectas. Unos daban la preferencia á la ley que mandaba observar el sabado; otros defendian que el principal mandamiento era la ley de la Circuncion, otros querian que fuese la ley de ofrecer sacrificios. El Salvador que penetraba cuanto pasaba en su corazon, le respondió con el texto mismo de la ley, que dice: que no hay mas que un solo

Dios, y que se le debe amar de todo corazon, con toda el alma y con todo el espíritu. Este es el primero y mas grande mandamiento de la ley; pero hay todavía otro segundo, semejante al primero, el cual dice: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Estos dos mandamientos son inseparables, y encierran en sí toda la sustancia y perfeccion de la ley. Cuando la ley dice que debemos amar á Dios de todo corazon, con toda nuestra alma, y con todo nuestro espíritu, encierra todo lo que somos nosotros, dice San Agustin, y no nos deja ni nos permite que ocupemos jamas nuestro corazon en el amor de ninguna otra cosa. Estas diferentes expresiones, de todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, sirven para que conozcamos mas bien la obligacion que tiene todo hombre de amar á Dios ardentemente y con preferencia á todas las cosas. Amarás á tu prójimo, es decir, á todo hombre, como te amas á tí mismo, del mismo modo que te amas á tí, haciendo con él lo que quieres se haga contigo, y tratándolo en todo como tú querrias ser tratado, y así como el amor que tú te tienes á tí mismo no es un amor superficial, ni de puro cumplimiento, sino un amor real y eficaz, que te hace sensible á tus males, que te lleva á tomar los medios conducentes para tu alivio; á este modo el amor con que debes amar á tu prójimo debe hacerte sensible á todos sus males: debe moverte á procurarle todos los recursos que puedas, á asistirlo, á consolarlo y á tomar parte en todas sus aflicciones. Todo cuanto nos mandó, y nos prohíbe en los libros santos, se reduce á este duplicado mandamiento, el cual es el compendio y resúmen de toda la moral, dice San Agustin.

El doctor confesó ingenuamente que no se podia decir cosa mejor; que efectivamente no habia mas que un solo Dios, y que era mucha verdad que amar á Dios y al prójimo del modo que Jesus habia dicho, era una cosa mas perfecta que el ofrecer holocaustos y sacrificios al Señor, y cuando se ama á Dios perfectamente, no se puede dejar de observar toda la ley y todas las ceremonias legales. Pero como este divino Maestro queria acabar de instruir á otras muchas personas que

convencidas de lo que decia, no se atrevian á hacerle mas preguntas, los previno preguntándoles él mismo, y encarándose á una tropa de fariseos que se habian juntado cerca de él, les dijo: ¿Qué os parece del Mesías? ¿De quién pensais debe ser hijo? Respondiéronle que debia ser de la raza de David. Los judíos no veian cosa mas grande en el Mesías, que la calidad de hijo de David, lo cual le conviene efectivamente por razon de su humanidad. Así lo dicen todos vuestros doctores, respondió el Hijo de Dios, y dicen la verdad, pero no lo dicen todo: porque si el Mesías no es otra cosa que hijo de David, ¿cómo el mismo David le llama *mi Señor*? ¿Porqué, hablando como profeta, dice en su Salmo, dijo el Señor á *mi Señor*: Siéntate á mi diestra, hasta que haga que tus enemigos sirvan de escabel á tus piés? Como si dijera: Siéntate á mi diestra y verás á todos tus enemigos debajo de tus piés. Y si David, añadió el Salvador, llama al Mesías *su Señor*, ¿cómo es hijo de David? Es evidente que Jesucristo queria hacerles ver que David, llamándolo *su Señor*, habia bablado tambien de su naturaleza divina segun la cual es hijo de Dios, y es tambien Dios, y que siendo hijo de David, es ademas hijo de Dios. No hubo quien pudiese responderle á la pregunta, y desde aquel dia ninguno se atrevió á preguntarle nada.

La epístola es del capítulo IV de la de San Pablo á los de Efeso.

Hermanos: Yo que estoy entre cadenas por el Señor, os conjuro que os porteis de una manera que sea digna del estado á que habeis sido llamados; con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportandoos unos á otros con caridad, solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz: un cuerpo y un espíritu, así como fuisteis llamados á una esperanza de vuestra vocacion. Uno es el Señor; una la fé, uno el bautismo. Uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y gobierna todas las cosas, y habita en todos nosotros. El cual es bendito por los siglos de los siglos. Amen.

El evangelio es del capítulo XXII de San Mateo.

En aquel tiempo, se llegaron á Jesus los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Respondióle Jesus: Amarás al Señor Dios tuyo, de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á este, y es: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas. Estando aquí juntos los fariseos, Jesus les hizo esta pregunta: ¿Qué os parece á vosotros del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícenle: de David. Replicóles: ¿Pues cómo David, en espíritu le llama su Señor, cuando dice: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á diestra, mientras tanto que yo pongo tus enemigos por peana de tus piés? Pues si David le llama su Señor, ¿cómo cabe que sea hijo suyo? A lo cual nadie pudo responderle una palabra; ni hubo quien desde aquel dia osase hacerle mas preguntas.

MEDITACION.

Sobre el amor de Dios y del prójimo.

Considera que dice Jesucristo: Amarás al Señor con todo tu espíritu, con todo tu corazon, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Con todo tu espíritu, sometiéndole tu juicio; con todo el corazon, sometiéndole tu voluntad; con toda el alma, sacrificándole tus pasiones; con todas tus fuerzas, consagrándole todas tus acciones y todas tus potencias. Con todo tu espíritu, creyendo todo lo que ha revelado; con todo tu corazon haciendo todo lo que te manda; con toda tu alma, procurándole todo lo que fuere de su agrado; con todas tus fuerzas, huyendo y absteniéndote de cuanto le ofende. Con todo tu espíritu, no pensando sino en Dios; con todo el corazon, no deseando sino á Dios; con toda el alma, no viviendo sino pa-

ra Dios; con todas tus fuerzas no trabajando ni afanándote sino por Dios. ¿Le amas así? ¿Le sujetas tu espíritu por medio de la fé, tu corazón por medio de la caridad, tus pasiones con la mortificación, y tus fuerzas con la humildad y con la esperanza? Este es el primero y el principal mandamiento. El primero en la obligación, porque debe observarse con preferencia á todos, renunciando aun, si fuere necesario, el propio honor, los bienes, los amigos, los placeres, el cuerpo y también la vida. Es el primero en la autoridad, porque mira y se dirige á Dios inmediatamente, y el mismo Dios nos le ha intimado y prescrito sobre todas las cosas. Es el primero en dignidad, porque es el fundamento de todos los otros, y el complemento de la perfección. Es el primero en la necesidad, porque sin este amor todas las virtudes son estériles é infructuosas. Es el primero en el mérito, porque sin la caridad todas las buenas obras nada merecen para el cielo. Es el primero en la dulzura, porque la caridad hace dulce y suave el yugo de Cristo, llenando al alma de paz y de la unción del Espíritu Santo. Es el primero en la eficacia con que hace cumplir todos los otros, porque el que ama á Dios, no hace cosa alguna que pueda desagradarle.

Considera que Jesús dice: el segundo precepto es semejante al primero: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo*. Le llama semejante porque procede de la misma caridad que nos hace amar á Dios, siendo una misma virtud la que nos hace amar al uno y al otro. No puedes amar perfectamente á tu prójimo sin amar á Dios, ni puedes amar á Dios si no amas á tu prójimo, que te manda que le ames, y él mismo le ama, le ha formado á su imágen, lo ha redimido con su sangre, y como á tí le ha predestinado á la misma gloria. Y así, cuanto mas ames á Dios, mas debes amar al prójimo; porque el amor del uno se mide por el amor del otro, siendo la misma caridad la que abraza y comprende á entrambos. Si amas á Dios, amarás también á tu prójimo. Piénsalo detenidamente y reflexiona si le deseas el bien, si no juzgas mal de él en ninguna cosa; si excusas sus defectos, si sufres sus flaquezas y extravagancias; si

te alegras de su bien como del tuyo, y si le perdonas fácilmente y con gusto sus injurias y molestias. Si no procedes de esta manera, no se puede decir que le amas; y si no amas al prójimo, no amas tampoco á Dios, y eres transgresor del primero de sus mandamientos.

PETICION Y PROPOSITOS.

El que me ama, guarda mis mandamientos, dice el Señor, y á la verdad que no puede ser verdadero amor el de aquel que no hace la voluntad del amado. La voluntad de Dios es nuestra santificación, dice el apóstol. Esta santificación no se adquiere si no es por la observancia de los divinos mandamientos. Sea este nuestro propósito, y pidamos á Dios nos ayude con su gracia.

JACULATORIA.

Enséñame, Señor, á hacer tu voluntad, pues tú eres mi Dios.

LECCION.

Sobre el amor de Dios.

El mayor y el primer mandamiento de la ley es el de amar á Dios sobre todas las cosas. Nuestro divino Salvador debe ser por consecuencia el objeto sublime de nuestro amor sin limitación alguna. Sabemos que el amor, la gratitud, la esperanza y la confianza tienen cada una de por sí su objeto propio y adecuado; pero también es cierto que si estos objetos no se presentan á nuestra alma, no pueden excitarse en nosotros ninguno de estos afectos. Si se nos exigiera amor cuando el objeto que debe inspirarlo carece de perfección ó no fuese capaz de excitar nuestros deseos, si se nos pidiera reconocimiento á una persona de quien no hubiéramos recibido obsequio alguno, si se quisiera avivar nuestra esperanza sin que hubiera

nada que esperar, ó se alentara nuestra confianza sin tener ningún sosten sobre que apoyarnos, ¿quién puede dudar que se nos impondría una obligación dura é impracticable, y que tarde y mal se producirían en nosotros los efectos debidos, sin ofrecernos los medios para llegar á producirlos? ¿Pero nos hallamos en este caso cuando se nos impone como el mayor y primero de los deberes, el amor al Sér Supremo? Ciertamente que no; porque en Dios se halla todo lo que debe excitar aquellos afectos. Sin embargo, el estado del hombre es tal, que sus afectos no siguen á su razón y aun se resisten á los esfuerzos que emplea en dirigirlos del modo que debe. Lo excelente es el verdadero objeto del amor: el bien esperado es el alimento de la esperanza: la inmutabilidad el cimiento de la confianza. En vano se opondrán dificultades para el amor de un ente invisible, cuando la luz natural y la fé divina lo patentizan á los ojos de nuestra alma: ellas nos hacen sentir su presencia, y las relaciones que nos unen con su divina Magestad parece que se nos han manifestado con el fin de que formemos otros tantos lazos de intimidad santa con el Señor. El se nos representa en el resplandor de su gloria; pero al mismo tiempo lo vemos humanado para poder conversar con los débiles mortales. Ni podemos suponer que sentado á la diestra del Padre ya no se halle en estado de ocuparse de nuestras necesidades, pues que se nos ha dado por San Pablo la dulce seguridad de que *lejos de ser incapaz de compadecerse de nuestras miserias, por razon de la semejanza con nosotros ha experimentado todas las penalidades para condolerse de nosotros y consolarnos.* Por otra parte, las esperanzas del cristiano están fundadas, no sobre las especulaciones ó sobre las débiles fuerzas del hombre, sino sobre la promesa de aquel que no puede engañarnos y que es fiel á su palabra. La Escritura nos enseña, que una de las principales operaciones del Espíritu Santo consiste en imprimir estos principios divinos en el corazón del hombre y en favorecer sus aumentos: la palabra divina nos anima á creer que Dios hará eficaces nuestros más diligentes esfuerzos si van acompañados del fervor de nuestras oraciones y de una humilde dependen-

cia á la divina gracia. Empleemos, pues, tantos medios como tenemos á nuestra disposición para despertar nuestra esperanza y preparar nuestro corazón á recibir los auxilios de Dios: hasta ahora no nos hemos aplicado á solicitar con humildad y perseverancia la virtud divina, sin la cual nada hacemos y con la cual que todo lo podemos, como dice San Pablo.

Dirijamos, por último, nuestras miradas hácia los santos de Dios, que no se contentaron con el nombre solo de cristiano, sino que nutridos con la verdadera sustancia del cristianismo, experimentaron toda su influencia, que aunque angustiados y mortificados muchas veces por los restos de su corrupción y llenos de vergüenza á vista de sus imperfecciones, probaron cuán dulce y fructuosa era la firme esperanza y confianza inalterable que pusieron siempre en el Señor. El amor del Redentor divino inflamaba sus almas, por el convencimiento en que estaban de la infinita excelencia de su objeto; amor que se aumentaba cada día por una infinidad de beneficios que recibían de Dios y que los excitaban á la acción de gracias y cánticos de alabanzas, haciéndolos crecer al mismo tiempo en la humildad, la paciencia, la obediencia, el amor á la cruz y la resignación en la divina voluntad. Esta fué la religión de los mártires santos, ilustre ornato de la Iglesia católica, víctimas inmoladas en las aras del amor más tierno, y tal el uso que hicieron de los medios que la divina gracia les había otorgado y con que dieron el más exacto cumplimiento al primero y al mayor de los mandamientos. *Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma, y con tu entendimiento.*

Remontemos nuestro vuelo hasta los apóstoles del Redentor, y una lectura rápida de sus santos escritos nos hará ver con evidencia, que ellos nos legaron el amor á Jesucristo como una de las gracias principales del Evangelio: un examen más atento y cuidadoso de sus libros, nos suministrará pruebas abundantísimas de que ellos mismos fueron el más luminoso ejemplo de la excelencia de sus preceptos, y de que nuestro divino Salvador fué realmente el objeto de sus más ardientes afectos.